

Informar de terrorismo

Un déficit del actual ejercicio del periodismo nace del insuficiente debate interno y práctico en cada redacción, en cada medio, para cada materia específica, para el terrorismo y para la violencia doméstica, para la intimidad y para el tratamiento de la infancia o de los más débiles. Todo es información sensible, delicada, que requiere rigor profesional, y cada situación tiene su lidia particular, su código y su forma de hacer.

FERNANDO GONZÁLEZ URBANEJA

Cómo informar de terrorismo?, ¿existen criterios o códigos singulares?, ¿cabe plantear y aceptar alguna restricción en esta materia? Se trata de un viejo debate no resuelto, quizá sin respuesta unívoca, pero que no por ello deja de merecer atención e interés. Al menos merece discusión profesional, análisis y propuestas alternativas.

Durante la última Asamblea de FAPE, celebrada en La Coruña a finales de marzo, incorporamos esta cuestión como tema singular de debate e invitamos a tres ponentes con credenciales para aportar argumentos sobre la materia. El guión de sus intervenciones conforma el núcleo central de este número de la revista. Los ponentes acudieron a una convocatoria que

no pretendía reunir todas las voces posibles; sólo sumar opiniones fundadas que ayuden a la reflexión.

Me sorprendió que el debate no mereció la atención de los medios, quizá porque no insistimos lo suficiente (no solemos hacerlo) con los periodistas de cada medio que son quienes deben valorar el interés de las convocatorias o quizá porque el debate se hizo en sábado que es día propicio al deporte y los mítines programados.

Este verano, en los Cursos de El Escorial, la Asociación de Periodistas Parlamentarios organizó su habitual curso con el terrorismo como eje central y con una ponencia dedicada al ejercicio del periodismo en esta materia. Las ponencias de nuestros cole-

gas fueron interesantes y las incorporaremos al próximo número de *Cuadernos*. También lo fueron las reflexiones que hicieron en la inauguración del curso el presidente del Congreso y la vicepresidenta del Gobierno. No tanto las conclusiones a brocha gorda, esos ‘canutazos’ que eliminan matices y énfasis, cuanto el razonamiento, el marco en el que insertar el problema.

Nos interesan especialmente las opiniones y reflexiones de los periodistas especialistas en la materia, los que lo viven a pie de obra y los que luego tienen que preparar el relato de los hechos. Y también la opinión de los jefes de redacción que ordenan la agenda y fijan los títulos y los emplazamientos, aunque estos suelen estar siempre muy ocupados en el día a día.

En ningún caso podemos aceptar la pretensión, por leve que sea, de limitar la información, de acotarla o reservarla. Lo ocurrido el 11-S en los medios norteamericanos que retiraron, secuestraron, la mayor parte de las imágenes de la tragedia de las Torres Gemelas, fue una decisión equivocada, incompatible con una sociedad madura que tiene derecho a conocer. En España se gestionó mucho mejor la información periodística, la de calle, la inmediata, aquel desdichado 11-M.

Fijado ese criterio básico y previo, merece la pena detenerse a valorar si la información continua sobre los te-

rroristas y sus avatares se ajusta a los principios básicos de la profesión. Por lo que dijeron nuestros colegas en El Escorial y por lo que muchos comentan en conversaciones particulares, queda mucho por hacer en esta materia. En los propios medios, en cada uno de ellos, conforme a su carácter, y en el conjunto de la profesión, muy especialmente entre quienes se ocupan de esta información y saben de qué va, merecería la pena dedicar unas cuantas sesiones a debatir el asunto e incluso intentar alcanzar algunas conclusiones a modo de recomendaciones para tenerlas en cuenta.

El Consejo de Administración de RTVE elaboró a finales de 2001 (el documento tiene fecha del 15 de enero de 2002) un informe serio y meditado sobre el tratamiento informativo del terrorismo. Ocho folios que merecen una lectura detenida. Pero luego este documento no fue suficientemente divulgado y debatido en los propios servicios informativos, de manera que no ha llegado a ser compartido ni interiorizado por los periodistas del medio y, por tanto, apenas ha tenido efecto en el trabajo cotidiano.

Quizá ése sea un déficit en nuestra profesión, escasez de debate interno y práctico en cada redacción, en cada medio, para cada materia específica, para el terrorismo y para la violencia doméstica, para la intimidad y para el tratamiento de la infancia o de los más débiles. Porque todo es

información sensible, delicada, que requiere rigor profesional, pero cada situación tiene su lidia particular, su código y su forma de hacer.

Con respecto a la información sobre el terrorismo hoy y aquí me atrevo a proponer para un debate a fondo la hipótesis de que no lo estamos haciendo bien, que, al menos, incurrimos en tres errores:

El primero se refiere al lenguaje. Los terroristas han impuesto su jerga, su modo de entender, sus procedimientos no escritos. Sobran ejemplos del lenguaje terrorista que los periodistas incorporamos al relato sin cuestionamiento alguno. Y no vendría mal más atención, más alertas, más rigor y exigencia para evitar semejante contaminación. Porque cuando se acepta el lenguaje del otro se le otorga credibilidad.

El segundo viene a cuento de la sobreeposición de los terroristas, de sus portavoces y de sus fechorías. El menor gesto de los etarras, incluso los que no significan nada, obtiene demasiada atención, interpretaciones inmediatas las más de las veces insuficientemente fundadas. El seguimiento de las innumerables compa-

recencias (que no conferencias de prensa) de batasunos y demás ralea es desmedido, excesivo, inmerecido e insuficientemente informativo. No noticias convertidas en acontecimientos que sólo sirven para dar importancia a los actores, que ven así reforzada su posición, por odiosa que sea.

Y el tercero afecta a un dominio de lo especulativo, de fuentes poco solventes o ausentes y de hipótesis verosímiles. Lo que se ha escrito y dicho sobre el inminente atentado de ETA, el primero de la pretendida tregua. El anuncio de cómo, dónde y cuándo se va a producir ese atentado es desalentar, decepcionante. Alguna redacción audiovisual montó guardia la noche siguiente al fin de la llamada tregua en espera de un atentado espectacular. Los terroristas quieren intimidar, asustar, ganar los titulares y los arranques de los informativos y lo consiguen con demasiada frecuencia.

Discutir este problema, llegar a conclusiones, aunque algunas no sean compartidas ni secundadas por todos, sería muy útil para quienes deciden cuándo y cómo se informa, y para quienes preparan esas informaciones. ❖